

Daontaon

Daontaon tenía el día malo. La mañana había sido bastante agitada, sin contar que ya, apenas salir de la casa, tuvo un conato de bronca con la inquilina de la última planta. Encima, Micaela no quiso abrir la puerta y brindarle café. Y eso que ella había ido expresamente a contarle aquel espléndido sueño con el *Titanic* y los millonarios peludos. Qué edificio ese, compañeros. Ella intentaba a toda costa ser fina, vivir aparte, pero, ay, la plebe del vecindario sacaba del paso a mariasantísima. Borrachos, niños piojosos, retrasados mentales, viejas locas, perros sarnosos, pervertidos sexuales, mal educados, zarrapastrosos, delincuentes, escoria, aunque ella sí que no, ella representaba a la “Cultura” y tenía que darse su lugar.

Tampoco trabajar en “Cultura” era jamón. A primera hora, sin merendar ni nada, se vio obligada a hacer como diez millones de llamadas telefónicas para organizar un servicio fúnebre. El muerto, uno de esos tipos que sobran en el mundo según la opinión especializada de Daontaon (y lampiño, por cierto), se consideraba a sí mismo “autor de décimas geriátricas”, dígame usted, y había fallecido impropiaemente de madrugada. Como el decimista lampiño provenía de provincia, no tenía a nadie que se ocupara de los trámites y la tiñosa le tocó a ella. Claro, quién iba a querer “cargar con el muerto” literalmente hablando, ¿sus colegas del Taller Literario? Ja. Ninguno. En caso de que hubiese alguno a esa hora que no estuviera durmiendo la mona, Daontaon dudaba mucho que quisiera ocuparse de

semejante tarea. Eso sí, búscalos si había ron o aparecía alguna nueva poetisa en pañales. Ahí sí venían todos corriendo como unos locos, pero... ¿a ocuparse del muerto de provincia? Ja. Daontaon tenía todo en contra de la gente que venía “del campo” a colarse en La Habana, ella misma lo había hecho años atrás, así que sabía muy bien cómo pensaban, se iban metiendo poquito a poquito, se casaban con una berraca (o un berraco, faltaba más), y luego se quedaban ya situados en un apartamento de Alamar como el de ella. Por eso Daontaon no los podía ver ni en pintura. Ese mismo, el fallecido, empezó escribiendo libros infantiles en su territorio natal y como el terreno estaba muy copado, tuvo la *genial* idea de escribir décimas para la “Tercera Edad”, ¡dígame usted! La gente se las hacía repetir en público, un montón de viejos decrepitos como él. Y hasta le habían publicado varios de esos engendros que llaman “plaquetes”. Las cosas que hay que oír y ver. Pues el tipo se fue instalando, una décima por aquí, un premiecito de un pueblucho perdido de España, una intervención en un “congreso de poetas” latinoamericanos, donde aparte de los de siempre, la “Cooperativa del Aguardiente”, había un turista finlandés por error y tres argentinos (estos sí inscritos con todas las de la ley), y ya, punto. El difunto tenía lo que en la jerga de “Cultura” se catalogaba como *un nombrecito*.

A Daontaon le privaba hablar con comillas, cursivas y muchos signos de puntuación.